Manuel Morao: 24 quilates

José María Rodríguez Grande

Uno de los más gratos placeres que se nos ha dado al ser humano, aún con los clásicos pecados que nos adornan desde el principio de la creación, es el goce de la conversación amigable y distendida. Desde la noche de los tiempos el hombre, los hombres, al acabar sus cotidianas tareas se reunían, se reúnen, alrededor del fuego en el pasado, en cualquier lugar en el presente e intercambian ideas, vivencias, opiniones y puntos de vista más o menos acertados, más o menos compartidos, pero sí que lo cierto es que los humanos necesitan relacionarse entre sí, a veces trágicamente y las más de ellas para enriquecerse espiritualmente porque sólo a nosotros se nos ha otorgado el don de la palabra, de las ideas y de poderlas desarrollar y compartir con nuestros semejantes.

El maestro supervisando un ensayo. (Foto: Miguel Ángel González, cedida por «Diario de Jerez»)

Viene este corto preámbulo a cuento con motivo de intentar glosar modestamente mi particular visión y diseccionar al hombre que hoy es el eje sobre el que gira la *XVI Semana de*

Estudios Flamencos de la Peña Flamenca de Jaén.

Manuel Moreno Jiménez en la pila bautismal, **Manuel Morao** para el mundo del Flamenco, tiene hoy a bien acudir a esta cita entrañable disipando mis temores de que ya se hubieran olvidado de tan merecido homenaje, aunque él, por su personalidad poco dada al autobombo y su discreta forma de ser, más hubiera preferido compartir tertulia con un buen puñado de cabales, deleitándoles con su cálido verbo y sus sugestivas vivencias de tan dilatada carrera de artista de la guitarra y sus amplios conocimientos del mundo y formas flamencas. Exquisito conversador y agudo analista de las distintas épocas va desgranando sabiamente una intensa nómina de cantaores, coetáneos o compañeros en el arduo camino de su vida hasta abrumarte con nombres, datos, familias, ancestros, palos de cante, situaciones jocosas o sombrías y así hasta atornillarte al asiento, cautivándote con una catarata de palabras atinadas, opiniones personales y cabales razonamintos sazonados la mayor parte de las veces con una buena mesa regada de excelentes caldos.

Ejemplo bien claro de esto último es lo que me dijo sobre Enrique Jiménez «El Mellizo» cuando hablamos de su malagueña: *«Recuerdo que Capinetti era el que conocía verdaderamente la malagueña del Mellizo. Y como los artistas como nosotros, que hemos vivido aquella época, lo único que sabemos es de cante, pues hablamos de nuestra música como aficionaos, y decía Capinetti que Aurelio adoptó la malagueña del Mellizo a sus facultades. Aurelio no era un hombre que tuviera grandes facultades y al adaptarla, hizo un cante de malagueña con la música de Enrique «El Mellizo» que resultaba muy bien pero que era otra cosa. Capinetti, que también conocía la malagueña grande de «El Mellizo», nos la tarareaba a nosotros. «El Mellizo» empezaba con la granaína...».* A lo que yo le pregunté: ¿Peró eso no es un invento de Aurelio? Y Manuel Morao contestó. *«Bueno!, ya Manuel Torre cantaba la granaína esa. Arturo y Tomás Pavón también cantaban la granaína antes de la malagueña, o la malagueña sola. Hay que tener en cuenta que la granaína no es nada más que la adaptación de uno de los fandangos de Granada. Entonces ellos, para entonarse, hacían la granaína para meterse en la malagueña, porque la de Enrique «El Mellizo» era un cante con una profundidad y una música tan extraordinaria que para acometerlo había que templarse un poquito, y después de la granaína se estaba en las condiciones de hacer esta gran malagueña. Aurelio hizo esta malagueña más chica porque no podía con ella. Por eso te digo que el que nos enseñó a nosotros la verdadera malagueña grande de «El Mellizo» fue Capinetti, que lo conoció, como también conoció a Antonio «El Mellizo» y al «El Morcilla», a Paquirri «El Guanté»..., porque todos esos eran de la misma generación».*

Mas quise que me aclarara algo más cosas y le pregunté: ¿Es más gitana la malagueña de Enrique que las otras? A lo que contestó. *«Sí, hombre!, la malagueña por sí misma es un cante que pertenece al folklore, y la malagueña de Enrique la hizo un gitano y le puso malagueña porque quiso. Eso es una creación y una inspiración de Enrique «El Mellizo», que se inspiró —según dicen— en músicas que él oyó y con lo que él tenía hizo esa grandiosidad de malagueña, la cual pertenece al cante gitano-andaluz. Y Manuel Torre, con el taranto, hizo lo que oyó, adaptándolo a sus condiciones, como todo el que ha creado algo».* Este pequeño retazo de conversación viene a reafirmar lo dicho antes.

Como no está en mi ánimo que la petulancia se haga eco en el presente escrito, nada más lejos de mi deseo, reconozco que glosar a estas alturas de su vida la egregia figura de quien a lo largo de más de cincuenta años ha sido firme puntal del Flamenco en general y del Flamenco de Jerez en particular, se me hace harto difícil, máxime cuando uno no está dotado

de brillante pluma ni pretende vivir de ella; difícil digo, aunque sí sucumbo a la petición de mi gran amigo Rafael Valera de encomendarme una desapasionada colaboración para el número extraordinario antes citado sobre mis conversaciones con el ilustre **Manuel Morao**.

Nace **Manuel** en Jerez de la Frontera en 1929, en el seno de una familia típica gitana de la época y por tanto genéricamente predispuesto a tomar la senda marcada por sus predecesores. Enseguida siente la llamada flamenca y se decanta por la sonanta, acudiendo a tomar clases con el maestro Javier Molina quien capta en él unas cualidades nada comunes que le hacen debutar a los 12 años con profesionales consagrados y con gran diferencia de años: Pastora Pavón, «Niña de los Peines», la gran Pastora Imperio o el enciclopédico maestro de los Alcores Antonio Mairena. Ni que decir tiene que **Morao** absorbe todo cuanto oye, todo cuanto vive, los miles de comentarios de aquellos monstruos, al tiempo que va acrisolando formas, estilos, palos, escuelas y sobre todo falsetas, falsetas y falsetas, que le harán bien pronto el guitarrista preferido e idóneo de los artistas de entonces. Así las cosas y ya con 16 años contacta con Caracol, al que conocía por la amistad con su padre, quien regentaba un ensolerado tabanco en Jerez, paradero habitual de toda la grey flamenca de la ciudad, y en breve comienza a trabajar en la compañía que por aquellas fechas dirigía Manuel Ortega. Lola Flores, su paisana, Juana Reina o la Piquer, Doña Concha, estrellas fulgurantes de aquella época, saben de sus primeros pasos flamencos como profesional.

Caracol le enseñó, me contaba, a estar en artista en el escenario, a sentirse importante con la guitarra en las manos, a dar de sí todo cuanto llevaba dentro; en una palabra, a plasmar su personalidad en su toque y a creerse el más importante de todo el elenco. De Lola y las tumultuosas relaciones con Ortega me relató mil peripecias que por respeto no viene a cuento repetir.

De izquierda a derecha: Antonio El Pipa, Carmen de la Jeroma, Manuel Morao, Sara Baras, Antonio Ogallar y Tomás Rodríguez Pantoja, autor del libreto «Pasión Gitana», en Broadway de Nueva York.

Pronto es solicitado por los más cotizados artistas y para exhibir una pequeña nómina, porque sería interminable, juzguen ustedes lo que daríamos en la actualidad por escuchar en persona a Paco Laberinto —genial bailaor al que acompañó ganando el primer premio en el Festival de Córdoba—, La Macarrona, La Malena, Carmen Amaya, Antonio Ruiz, Farruco, todos ellos excelsos bailaores; Frijones, Tío Juanichi El Manijero, Tío Parrilla, Tío José de Paula, El Gloria, su hermana La Pompi, Cepero, Agujetas padre e hijo, Juanata, Tío Cabezas, El Tati, Juan Jambre, Mojama, Sordera, Sernita, Caracol, Mairena, La Perla, Chocolate, Aurelio Sellé, La Paquera, Chano Lobato, Fosforito, Fernanda y Bernarda de Utrera, el gran Fernando Terremoto, su cuñado, etc., etc. Seguiríamos hasta mañana enumerando hasta aburrirles las miríadas de cantaores y bailaores que probaron las melosas falsetas de **Manuel Morao**, elevando a cotas inalcanzables el noble arte del Flamenco. ¿Cuánto cobrarían hoy este rosario de fenómenos nombrados? Seguro estoy que los que olvido superan con creces a los nombrados.

Antes de continuar, quiero recordar lo acertado nuevamente de sus criterios sobre los artistas y, en mi afán de concretar aspectos de legendarios jerezanos, en otra de mis conversaciones con Morao, le pregunté: ¿Es posible que Terremoto tuviera mejor metal de voz que Manuel Torre? A lo que respondió: *«No estoy de acuerdo contigo, porque además, los grandes artistas no son iguales y ni se parecen. Lo que tienen es que estar en el nivel. Manuel Torre no se parecía ni en la voz ni en las condiciones a Terremoto, aunque en el nivel estaban equiparaos. Caracol, por ejemplo, tenía otra gran voz con otro metal diferente a Fernando Terremoto. No podemos guiarnos por las grabaciones que tenemos de Manuel Torre porque él grabó en los comienzos y por tanto la técnica era muy rudimentaria... Si Manuel Torre graba ahora, no pdría grabar nadie después de Manuel... Ni Terremoto, ni Tomás Pavón, ni La Niña de los Peines, ni nadie. Manuel Torre ha sío la voz más grandiosa y el artista más depurao que ha nacío en nuestra era».*

Y contunúo. A sus años ya forma parte del Ballet Español, cuyo director es nada más ni nada menos que el sevillano Antonio Ruiz, Antonio para el arte. Recorre varias veces el mundo con él y durante veinte años es la primera guitarra indiscutible del fenómeno sevillano. Para esas fechas **Manuel Morao** ya está mundialmente reconocido como uno de los mejores y más seguros acompañantes en la difícil disciplina del baile flamenco, ¡y Jerez sin enterarse! En base a lo peculiar de su tierra, yo le pregunté si no era cierto que a Jerez le costaba recibir a un artista flamenco foráneo e incluso de la propia tierra si llevaba años fuera de ese entorno?, a lo que me contestó que *«eso pertenece a tiempos pasados. De un poco tiempo a esta parte no es así. ¿Por qué? El motivo te lo voy a decir: Jerez ha sido uno de los puntos más importantes en la música del cante gitano de Andalucía la Baja. Si no el más importante, uno de los más importantes, porque ha dao más y de la misma calidad que otros sitios. Resulta que la escuela de toda esa música estaba en el pueblo, en la ciudad..., cuando digo pueblo, me refiero al pueblo gitano. Nosotros aprendíamos de nuestros mayores y ahí no había trampa ni cartón. Entonces, cuando una persona estaba fuera mucho tiempo..., porque cuando estás fuera de tu entorno, las influencias son importantes, y si no tienes una personalidad muy acusada, antes la influencia te afecta. Por todo esto había en Jerez un dicho en referencia al que volvía después de mucho tiempo que decíamos: «Este hace mucho tiempo que no bebe agua de la fuente de Los Albarizones», porque la influencia era muy acusada. Hoy ya no porque la escuela no está en la ciudad, está en el mundo. "Tú escuchas cantar lo mismo al que vive en Barcelona, que al que vive en Madrid, en Córdoba o en Jerez».*

Manuel Morao posa junto a su sobrino Fernando Terremoto hijo en una exposición de pintura, en la que se puede observar una obra en la que se reproduce al cuñado y padre, respectivamente. (Foto: Miguel Ángel González, cedida por «Diario de Jerez»)

Graba abundante discografía acompañando a los mejores, creo recordar que 50 LP y unos 100 singles, y hasta se prodiga como actor interviniendo en varias películas. Pero tanto ajetreo y viaje de un lado para otro cansa, y cansa de tal manera y se añora de tal forma el terruño que, momentáneamente, abandona las turnés y regresa a su Jerez de su alma para sosegar el espíritu, descansar el cuerpo y recargar baterías un poquito bajas por tan prolongada ausencia. Tras el descanso nuevas ideas, nuevas inquietudes y una interesante oferta para desarrollar un proyecto de enseñanza y tanteo de nuevos valores jerezanos, en calidad de director del experimento, al que se le titula ***Jueves Flamencos,*** donde **Manuel Morao** hizo una labor inconmensurable promocionando y proyectando a una pléyade de jóvenes artistas jerezanos, parte de los cuales aún siguen en activo y en primera fila. Veamos alguno de ellos: José Mercé, Manuel Agujetas, El Nano de Jerez, El Gómez, El Garbanzo, El Capullo, El Gasolina, Juan El Torta y su hermano Manuel Moneo, Los Gálvez, etc., etc. Modeló e hizo artistas a aquellos chiquillos al tiempo que se procuraba con los magros cuartos de que disponía arreglar no pocas economías, harto escuálidas y que de esta forma fueron dándose a conocer, empezando a ser cotizados.

Va por 1985 y de nuevo se lanza a la vorágine del espectáculo, pero ya propio, y durante el año citado y el 86 triunfa con creces en EE.UU., concretamente en el Carneggie Hall de Nueva York. Llega 1987 y de otra nueva inspiración nace ***Manuel Morao y Gitanos de Jerez.*** Ahora es la Junta de Andalucía quien se interesa por el evento y le firma una serie de contratos que recorre los más prestigiosos escenarios de Andalucía, siendo aclamado por el

exigente y entendido público andaluz. Madrid, ojo al dato, Granada, etc., comprueban de lo que es capaz este hombre flamenco, artista, gitano y jerezano que ha hecho de la pureza su principal bandera.

Y otro parto, otro espectáculo, sale de nuevo de su privilegiada y clara cabeza: ***Flamencos, esa forma de vivir.*** París ruge y paladea sus más de 120 representaciones, triunfando de forma rotunda y sin paliativos en la capital de Europa.

1992 es el año de la consagración definitiva de **Morao** y así camina con paso firme, sólidas ideas y soberbias coreografías y artistas de renombre. Testigo excepcional de algo que **Manuel** lleva madurando largo tiempo y que presenta en el Gran Teatro de Huelva se llamará ***Pasión Gitana.*** Con este selecto espectáculo de nuevo a América, y en Nueva York, en el Towe Hall de la Gran Manzana, pleno en la diana proyectándole directamente a Broadway, donde permanecen casi cuatro meses en cartel ***Gitanos de Jerez*** en el templo mundial del espectáculo. ¿Hay quién dé más? Cuán lejos quedaban los primeros tiempos cuando cobrar unas perrillas suponía caer en gracia, ser gracioso, tocar muy bien y no molestar. Éxitos por doquier y la olla a presión en que se ha convertido la cabeza de **Manuel** vuelve de nuevo a crear otro invento, ***Aire y Compás,*** remodelación y adaptación con menos artistas y para escenarios más reducidos y menos convencionales de ***Pasión Gitana,*** entrando de lleno en la programación de la Expo 92 de Sevilla y claro, 300 representaciones avalaron la nueva cosa, demostrando que cuando hay talento y clase la vigencia de los espectáculos se prolonga hasta el infinito. Imparable en la concepción y desarrollo de ideas y demostrando de nuevo una fecundidad arrolladora, vuelve a la carga el jerezano con ***Jondo: La Razón Incorpórea,*** poniéndola en escena en el Lope de Vega de Sevilla, resultado: dos orejas y rabo y salida a hombros por la puerta grande. Testigos: la Giralda y la Torre del Oro, y la élite entendida hispalense. ***Nochebuena Flamenca,*** con disco incluido. Caballos y Flamenco, en la Real Maestranza de Sevilla y en el París Bercy. Grabación del disco ***Bulerías en Compás de Origen,*** donde condensa las esencias de las bulerías, cante gitano por excelencia que vuelven a colmar de honores y reconocimientos al maestro de Jerez. Pero **Manuel Morao**, tan gitano, tan orgulloso de su raza y de su historia, tan sensible a las cosas y costumbres de su etnia, no puede olvidarse de otra sublime creación donde plasmará magistralmente la idiosincrasia cañí, sus cantes y sus bailes, *«de otra manera»* como él dice, *«ni mejor ni peor, pero de otra manera»,* donde idolatra la tradición gitana como base para conservar este arte en toda su pureza: ***Errantes,*** bautiza a este su nuevo hijo y cómo no, éxito rotundo.

Manuel Morao, fiel a sus principios pero más a los de sus ancestros y maestros, lucha hasta hoy, ya con su provecta edad, por ofrecer pureza y autenticidad en todo cuanto hace. Espectáculo puro sin mixtificaciones, con honradez y por derecho, vaciando hasta los posos la historia flamenca gitana, su historia, sus vivencias, los recuerdos de los viejos y venerables maestros, que a la sombra de una cuartilla de aguardiente o de vino pirriaque contaban cantando legendarios romances, arcaicas tonás, desgarradoras siguiriyas o profundas soleás en medio de vapores alcohólicos y espeso humo, sin importarles ni el doblón ni la moneda, simplemente por sentir en su espíritu la triste y sangrante historia gitana. A propósito, otra muestra de su amplio conocimiento de la historia de este arte. Le comento que Perico Cantatore era hermano de Paco la Luz y El Sordo la Luz, a lo que él me contesta: *«Perico Cantatore no tenía nada que ver con ellos».* Pero eso está documentado Manuel. *«¿Sí? Losd papeles a veces no se ajustan a la realidad. Los datos artísticos están, afortu-*

Manuel Morao saluda al director Benito Laurent, en «Concierto de Jerez», en el Teatro de Villamarta.

nadamente hasta ahora, en la tradición oral que yo te transmito...».

Este señor de la guitarra, asentado definitivamente en su Jerez natal pasea su figura por sus calles, desprendiendo aromas de faraón y caballero entre la amistad y el respeto de sus conciudadanos y la admiración de todos cuantos amamos este arte. Sus pasiones siguen siendo por este orden: su familia y sus nietos, el trabajo, su tertulia diaria en la Venencia, ensolerado bar jerezano —hoy tristemente desaparecido— y la buena mesa, a ser posible con buenos vinos.

Afortunadamente, la saga de los **Moraos** sigue fructificando productos de alta calidad. Su hermano Juan, excelente guitarrista, compañero también de todos los grandes, se dedica a la docencia. Manuel Moreno Junquera, Moraíto Chico, su sobrino, consagrado y probablemente la mejor guitarra actual para acompañar y el hijo de éste, Diego de Morao, ya en ciernes de alcanzar las más altas cotas sonanta en ristre.

No deseo dilatar más este sincero y humilde recorrido, plumas habrá más cualificadas, sin duda, pero sí quisiera finalizar a fuer de pecar de atrevido con cuatro frases donde condensar y bajo mi punto de vista alguna observación sobre **Manuel Morao**. A este gran hombre, como sin duda a algún otro jerezano, se les debe más de lo que se les ha dado. Tengo que decir, pese a quien pese, que Jerez no considera a sus hijos en su auténtico valor y que fruto de esa indolencia arcaica se produce en los jerezanos el efecto contrario. Cuanto más olvido más orgullosos están de su cuna, más gritan a los cuatro vientos ¡Viva Jerez!, más morriña sienten de su patria cuando se hallan en tierras que les están dando con creces lo que su pueblo les niega. Pero esto a **Morao** no le afecta, sé que él no conoce ni el rencor ni la envidia, porque su bonhomía le ha llevado siempre a encogerse de hombros y olvidar al instante cualquier mala «partía» o cualquier desgraciado comentario. En Jerez los gitanos, los que son cabales, tienen una frase certera y explicativa para dar de lado a los «chiquilicuatris»: *«No sabe estinguí...»*, al tiempo que se llevan el dedo índice al velo palatino para aclarar que aquel fatuo no tiene clase.

Amigos, aunque considero mi humildad al haber sido el autor de estas torpes líneas, sí desearía comunicarles que hablar de esta gran persona me enorgullece sobremanera por contarme entre sus verdaderos amigos, porque en los tiempos que corren y con la que está cayendo, les aseguro que hoy por hoy es casi imposible o muy difícil toparse con alguien que como D. **Manuel Moreno Jiménez, Manuel Morao**, tenga una pureza y la ley de 24 quilates. Muchas gracias.